

Rafael Redondo Barba

Aromas del zen

Desclée De Brouwer

Índice

Prólogo de Willigis Jäger	15
Introducción	19
PRIMERA PARTE	27
1. Una gran nostalgia	29
2. Y todo se muestra entonces claro	30
3. Desprendimientos	31
4. Un solo sabor	32
5. Cero absoluto	33
6. Sentarse sin más	34
7. Situarse allí	35
8. El hecho de existir	37
9. Meditación en Chillida leku	38
10. En el Peine de los Vientos	39
11. Gassho	40
12. Enmudecer	42
13. La fractura	43
14. Trasparentar tu propio fondo	45
15. Un mediodía de agosto	46
16. La eternidad del instante	47
17. La sensación de ser	48
18. El árbol del Za-Zen	50

19. Kin-hin por la gran vía de Bilbao	52
20. El punto de encuentro	53
21. Yo soy	54
22. El ser del silencio	55
23. Aligerarse de sí mismo	56
24. "Nos ha sido dado"	58
25. Atravesar el rojo valle	59
26. El miedo	60
27. Abdicar de sí	61
28. Las raíces del viento	63
29. Así la luz	64
30. Crepúsculo	65
31. Dejando a un lado todo aquello que se sabe...	66
32. Cumbre	67
33. Primeros rayos	68
34. Cambiar de sentido	69
35. Lo hermoso en lo terrible	70
36. Con las manos alzadas	71
37. La otra orilla	72
38. El silencio de Dios	73
39. La apertura a otro lugar	75
40. Tu cuerpo	76
41. Lo que realmente somos	77
42. El espejo	78
43. El silencio del origen	79
44. Abanico de luces	80
45. Noticia	81
46. Zen, un raro sentido común	82
47. Respirando a quien respira	83
48. Agradecer a la vida	84

SEGUNDA PARTE	87
49. El despuntar del ser	89
50. La apuesta	90
51. El sentido del sentido	91
52. Transformarse en poema	92
53. Después de la sentada en Za-Zen	93
54. Tan sólo un eco	94
55. Razón y límite	95
56. Luz en el abismo	96
57. Nostalgia del ser	98
58. Alguien	99
59. Florece en la intemperie	100
60. Atravesar la sombra	101
61. Saludo al sol	103
62. Sin palabras	104
63. Atman	105
64. El nóbel	106
65. No hacer pie	107
66. Lugar sin lugar	108
67. La noche, a veces tan oscura	109
68. Kin-Hin	110
69. Como un tilo en otoño	111
70. Cuán difícil y cuán fácil	112
71. Observa	113
72. El gong del amanecer	114
73. Amanecer en el zendo	115
74. Instante	116
75. Monjes Zen	117
76. La sensación de ser	118
77. El fondo del silencio	119

78. Parece	120
79. Consumar el propio nacimiento	121
80. Al encender la lamparilla	122
81. La aurora, filtrándose en el zendo	123
82. A la distancia justa	124
83. Gong	125
84. Precisamente en este instante	126
85. Ver dentro de la Nada	127
86. El Koan "mu"	128
87. Sabor de alma	129
TERCERA PARTE	131
88. Para eso nacimos	133
89. La experiencia del Ser, más allá de cualquier religión	135
90. No estaba en ningún lugar	137
91. La esencia de la meditación es el vacío	138
92. En lo más profundo del Zen	139
93. Esencia y existencia	140
94. El fuego de la luz	141
95. El Zen es vigilancia	142
96. La gran realidad escondida	143
97. El hambre del hombre por despertar	144
98. Tomar en serio la experiencia	145
99. Un texto del maestro Yansou	146
100. Ver lo nuevo en lo viejo	147
101. Abrirse al despuntar del Ser	148
102. ¿Para qué nos sentamos?	150
103. El corazón del ser humano	152
104. El ser hecho palabra	153
105. Mas allá del yo	154
106. Qué sabe la amapola	155

107. La respiración	156
108. Unidad	157
109. El testigo	159
110. La atenta compasión	161
111. El gran silencio	162
112. La finalidad del ejercicio	163
113. El nuevo modo de existir	164
114. El culto a las imágenes	165
115. El arte de saberse levantar	167
116. En el zendo no hay nadie	170
117. Debajo de nuestros pies	171
118. Ser lo que somos	172
119. Viajero en el tiempo	173
120. Salvajemente inmenso	175
121. Vibrar	176
122. Los ojos que crecen al mirar	177
123. Contemplar la sombra	178
124. Reventar las palabras	180
125. Nacer, morir, renacer	181
126. Liberación	183
127. Abismamiento	184
128. La fuerza del Ser	186
129. Apestar a Zen	187
130. El devenir de la vida	189
131. El instante	190
132. El vacío como salvación	192
 Apéndice: Ejemplos del despertar	 195
 Posfacio	 207
 Epílogo	 211

Prólogo

Zen, ¿qué es eso? Kakua, el primer japonés que se trasladó a estudiar Zen en China, a su regreso, fue invitado por el emperador de Japón para que expusiera en una conferencia, todos los conocimientos que había adquirido en aquel país. Kakua sacó una flauta de su túnica, sopló una corta nota, se inclinó cortésmente y abandonó la audiencia. El emperador se quedó desorientado. Es imposible explicar con palabras lo que es el Zen.

No existe ninguna doctrina, ni siquiera budista, sobre Zen. El maestro Yuansou afirmaba correctamente: *“No hay enseñanza que incubar o sobre la que puedas instalarte. Si no crees en ti mismo, toma tu atillo y recorre las casas de otras gentes en busca del Zen y el Tao. Vas buscando misterios, maravillas, budas y maestros Zen. Crees que esto es la búsqueda de la Verdad Suprema y haces de ello tu religión, pero es como correr hacia el Este con el fin de encontrar aquello que se asienta en el Oeste”*.

Por tanto, nadie puede ser instruido como maestro Zen. Por esto no hay Zen cristiano, ni Zen budista. De esta forma,

tampoco hay maestros de Zen budista, sino únicamente maestros Zen que son budistas y del mismo modo, también maestros Zen que son cristianos o incluso que no pertenecen a ninguna confesión. La diferencia fundamental entre las religiones no fluye verticalmente entre simples denominaciones, sino más bien horizontalmente entre los niveles exotéricos y esotéricos de estas religiones.

Existe una “Sophia perennis”, una eterna sabiduría, que algún día será reconocida como el verdadero objetivo de toda religión. El ser humano en el futuro será un ser “despierto”. Esto solamente ocurrirá cuando el Zen y todos los caminos espirituales se liberen a sí mismos de las ataduras de las confesiones. En esta liberación es donde el Zen desempeña un papel importante, pues está claro que ni Shakyamuni ni tampoco Jesús tuvieron intención de fundar religión alguna. Es cierto que el Zen se halla estrechamente unido al Budismo, pero realmente lo trasciende, y también a cualquier otra religión. El Zen y todos los caminos esotéricos, como pueden ser Yoga, Vipassana o Contemplación, trascienden los credos religiosos.

Para quien recorre el camino del Zen, la convicción religiosa se convierte en experiencia personal, de modo que su confesión no será un obstáculo. No será necesario abandonar su religión, sino que la comprenderá profundamente y la interpretará de manera nueva. El futuro de la religión está en la Mística, como dijo Karl Rahner: “El cristiano del futuro será místico o no será cristiano”. Místico es quien ha experimentado algo personalmente.

Este libro ha sido escrito para auténticos buscadores, dentro o fuera de una confesión. Rafael Redondo ha realizado durante largo tiempo el camino del Zen bajo mi dirección. Quien confíe en él, contará con un experimentado compañero en el Camino.

Willigis Jäger
Kyo-un Roshi

Introducción

Vivimos –si es que a eso puede llamársele vida– en una sociedad globalizada, que, obsesionada por alcanzar los medios, ignora, sin embargo, los fines. Estamos programados desde el desorden. Esa es la raíz del desasosiego de una cultura tecnológica, cuyo seno, según las estadísticas, alberga un setenta y seis por ciento de individuos que padecen algún tipo de neurosis.

Con creciente frecuencia, los psicólogos detectan una crisis colectiva de sentido existencial en tantas y tantas personas que acuden a sus consultas afirmando que, “aun teniéndolo todo”, sufren sin causa aparente. Nos parecemos a los Reyes Magos en que poseemos los camellos, pero nos falta la estrella.

Detrás de ese asfixiante malestar colectivo, existe, sin embargo, una demanda, también creciente, de otro orden: la búsqueda del Ser más allá de las religiones; una demanda profunda, a cuya interpelación ni los terapeutas, ni los sacerdotes han sido capaces de ofrecer una respuesta satisfactoria.

Más allá de los dogmas que sustentan las concepciones psicológicas y teológicas (casi todas de corte exclusivamente racional-cognitivo), el ser humano hoy se cuestiona a sí

mismo sobre el “sentido” del vivir, sobre el “para qué estamos aquí”; preguntas a las que no responden la mayoría de las religiones convencionales, ninguna institución jerarquizada, ningún entramado político, psicológico o teológico que desemboque en un catecismo o ideario.

En este libro hemos tomado en serio la experiencia de una trascendencia inmanente accesible al ser humano, que llamamos “despertar”. Una experiencia que le pertenece como un derecho de nacimiento, independientemente de que sea cristiano, budista, creyente o ateo, sino porque es eso: *un ser humano...*

Lo que hoy –aunque sea de modo latente– se demanda no es una religión-organización, sino un medio de iluminar la propia vida, dando contenido al sentido de la existencia. Porque la existencia sí tiene sentido. Lo que el *individuo globalizado* inconscientemente anhela no es un conglomerado de imágenes o de modelos de santos para ser adorados o canonizados, sino caminos para ser vividos, que faciliten la experiencia del Ser que, supuestamente, vivieron esos santos. Y cuando hablo de *santos*, me refiero a esos hombres y mujeres que, independientemente de cualquier connotación confesional, la humanidad ha encumbrado a la categoría de modelos.

El hecho es que cuando llegamos a ese “ver claro” que acompaña al despertar, surge de nuestra más profunda intimidad una nueva estructura de conciencia que no discurre por los caminos trillados, ni por las leyes de la fisiología clásica; menos aún desde la competitividad neoliberal predicada en nuestras universidades. Y es precisamente el *desmontaje* o transformación de tales estructuras mentales el que

conduce a ese despertar, que en el ámbito del Zen, con diversas palabras, llamamos *iluminación*.

El Zen nació en la India, emigró a China, donde se definió y consolidó; posteriormente se desarrolló en Japón, abandonando en cada paso que iba dando gran parte de la ornamentación cultural que había experimentado durante su camino, aunque manteniendo en su seno sus propias señas de identidad, las huellas de su origen.

El Zen, ahora, se está haciendo occidental: un camino de maduración independiente de los ritos y de las formas asiáticas. Y es un camino cuya naturaleza universal también se resiste a ser asimilada por las tradicionales formas religiosas occidentales. Pero su esencia, sigue intacta, es la Gran Experiencia del Ser.

En esa experiencia se centra este libro. Aunque, en este caso, el Zen es visto y vivido por un practicante europeo, que, como la mayoría de sus compañeros de camino, aunque es respetuoso con toda forma religiosa, se sitúa, sin embargo, al margen de toda organización monástica budista, siendo también ajeno a toda religión organizada. Se trata de una práctica del Zen que, con toda propiedad podríamos llamar Zen occidental, o, si se prefiere, “Zen laico”. El Zen es eso: Zen, sin predicados; un *Zen desnudo* en palabras de Willigis Jäger.

He planteado este trabajo situando la meditación en su apropiado hábitat moderno. Fuera –insisto de nuevo– de cualquier monasterio, al margen de cualquier dogma y más allá de todo tipo de filosofía o confesión estatuida. El Espíritu sopla donde quiere, es salvaje. El Espíritu se ha hecho carne y Él mismo se manifiesta como carne, incluida

la sexualidad como campo de experiencia y territorio de su ejercicio.

El Zen, es también un gesto corporal, y sabe que la figura del Buda sentado en meditación profunda es tan emblemática en oriente como el Cristo crucificado lo es en occidente. El Zen comprende en su ejercicio el cuerpo, y lo hace teniendo en cuenta las aportaciones de la ciencia moderna. Efectivamente, el barco milenario del Zen, ha fondeado en occidente.

El Zen occidental se ha hecho laico porque su corazón también es laico; quizá siempre lo fue, y se toma muy en serio la experiencia de una trascendencia, que es inmanente a toda mujer y a todo hombre, tan sólo por el hecho de haber nacido.

El Zen, habla de una experiencia directa; sin mediadores ni re-mediadores. Y al no ser una religión, no es proselitista ni pugna con otras religiones; no lucha por invadir la conciencia de nadie, ni reivindica espacios ni concordatos políticos. No tiene obsesión alguna por ganarse una clientela, ni le sacude el miedo por perderla. No se aferra a nada ni a nadie.

El Zen, él mismo, es la experiencia primordial que se halla en el origen de todas las religiones antes de que se organizaran. El Zen es el temblor del Ser que late en nuestra Verdadera Naturaleza, y que desde tal profundidad se expresa ante el corazón del individuo posmoderno, quien, harto de sermones y de prédicas, se pregunta a sí mismo cómo salir de las estructuras que fomentan su angustia existencial. Y se mira muy atento en su interior. (*“El Reino de los cielos está dentro de vosotros mismos...”*)

El Zen es, sobre todo, Vida, y la Vida difícilmente podrá adaptarse a las actuales estructuras socio-económicas; por ello siempre sabrá tomar conciencia de cuándo semejante adaptación haya de ser fuente de sufrimiento para el individuo, en la medida en que éste llegue a sacrificar la llamada del Ser en su propia vida. Por eso el Zen es revolucionario, en el sentido de que, debido a su esencia liberadora, jamás se integrará en las estructuras neoliberales. Cabe recordar que *adaptación* no es sinónimo de *integración*.

El Zen, lejos de huir de la vida, recuerda al ser humano su doble naturaleza, celeste y terrestre, afincando su gesto y su silencio en medio del ruido del mercado y de las organizaciones, aunque sin instalarse cómodamente en ellas.

El Zen no promete cielos ni paraísos extra-espaciales que están fuera del tiempo, sino que se ejercita en el sentido del instante, en el presente, en la Presencia, en la entrega total, aquí y ahora, a su tarea. La vida cotidiana como tarea. Se trata de conjugar en presente de indicativo el verbo Ser.

Quisiera poner énfasis en una cuestión formal: en este libro aparece con frecuencia la poesía, pero he de precisar que el que esto escribe no se siente identificado como poeta, ni siquiera como místico; tan sólo es un hombre que no tiene otro deseo que el de ahondar en su naturaleza de hombre experimentando el vértigo de ser hombre hasta el fondo. Hasta el Fondo.

Lo que, sin embargo, le ocurre a este hombre, devenido forzosamente en escritor, es que al intentar apoyar en palabras aquello que excede a la palabra, se encuentra desbordado por la voz aún no nacida, que anida en los sótanos de

los conceptos. Aunque él, tan osado y pertinaz, quisiera atrapar en la página en blanco ese impulso de ser que bulle en su interior; quisiera expresar, aunque sea con su aliento, el nítido temblor que habita en su honda vena; catar, y hacer catar a otros, tan dentro y tan cerca el susurro del Ser vacío de imágenes.

Insisto: este trabajo, aunque a veces lo parezca, no es un poemario. Para mí, el acudir a la poesía es como acudir al último peldaño semántico donde de algún modo se puedan expresar las no-palabras que surgen de la Nada. El que esto escribe, trata el imposible de aproximarse a la Palabra Primigenia y fraguarla en un poema que reviente en la cabeza del lector, para que él mismo, de un plumazo, aniquile en sí mismo la palabrería que le impide acceder al Ser del silencio; incluido el poema. Y acabe de ese modo viviendo el Zen.

Lo que sí deseo, querido lector, es adelantarme a pedirte perdón por hablar de lo inefable, aunque espero que los textos te inviten a atravesar las palabras que, por definición, jamás comprenderán lo incomprensible.

—He pasado toda mi vida explicando Zen —dijo el Maestro Basho— mas nunca he podido comprenderlo.

—Pero, ¿cómo es posible —inquirió su interlocutor— que expliques aquello que no comprendes?

—Ah, —respondió Basho— ¿es que también debo explicar eso?

De todos modos, al final la palabra se impone en la propia sacralidad, pues lleva en su entraña la impronta del Origen: ...Y *aunque el místico* —escribía el poeta Roberto

Juarroz— salte al infinito y abandone en parte la palabra, que tal vez nunca olvida del todo y a la que casi siempre vuelve. Porque en el fondo vertiginoso de la expresión humana ni siquiera el místico puede callar absolutamente su experiencia única. Y si retorna a la palabra, es natural que su opción más frecuente sea la poesía.

Finalmente, confieso que para seleccionar los temas que aquí se recogen y dividirlos en partes diferenciadas, no he seguido otro criterio que el de mis inclinaciones personales: Unos son más discursivos, otros más poéticos, otros más directos. Sé que es una decisión poco “objetiva”. Sin embargo, juego con la ventaja de que la grandeza del *tema* que aquí abordo, la Experiencia del Ser, está muy por encima de la convencional sistematización literaria. Por esas razones, invito al lector a que comience por donde quiera; todo lleva al mismo fin, y aquí el Fin es el Origen.

También quiero apuntar que “a pesar” de mi formación científica y universitaria, he querido huir de toda connotación académica, o de cualquier pensamiento o vivencia de segunda mano. Efectivamente, el ochenta por ciento de todo lo que aquí se te ofrece, lector, está escrito inmediatamente después de una “sentada” en Za-Zen.

Todo el libro quiere ser una invitación para que tú, lector, seas tu propio Maestro; que tomes las riendas de ti mismo, igual que un escultor procura recoger entre sus creadoras manos la materia no acabada, para así poder culminar su obra. Vivir la vida es un arte, y todos, en nuestro Fondo real, somos artistas de la Vida

y tu gran obra, créeme, lector, es la obra de saber quién eres y para qué estás en este mundo. Con tal propósito ha sido escrito este trabajo.

Rafael Redondo